

CLARA CERNAT

LA MANDOLINA DE LVIV

Traducción de Carmen Martínez-Pierret

Prólogo
Marzo de 2022

Crepúsculo. La fina nieve ha cubierto de un velo blanco la tierra helada.

Seis pasos avanzan en el silencio.

En la lejanía, las voces de los cañones y de las armas de fuego se interpelan con odio.

Alrededor de la joven mujer, un campo yermo. Ella avanza, estrechando en su mano izquierda la manita de su hijo de siete años. A su derecha camina su hija de diez años.

Día y noche, atravesando el país de Este a Oeste, con toda su vida en el interior de una maleta, caminan por los campos helados.

El pequeño lleva una mochila y, con su mano izquierda, sujeta firmemente un violín minúsculo, en una bella funda azul marino. No ha podido abandonarlo, ni siquiera el día en que toda su vida se ha derrumbado.

—Mamá, tengo frío, tengo sed.

La mujer se detiene y le da a beber algunas gotas de la reserva de agua que raciona cuidadosamente.

—¿Está lejos, Lviv? —pregunta la niña. La última vez, en tren, no me pareció que esta ciudad estuviera al otro lado del mundo...

—Hay que seguir caminando, queridos míos —dice la madre. ¡Sé que estáis agotados! En Lviv, vuestra tía, siempre tan cariñosa, nos acogerá. ¿Recordáis sus deliciosos pasteles?

La mujer suspira profundamente, recordando su feliz infancia en Lviv, preguntándose si la ciudad no será bombardeada mañana.

Pero, rápidamente, se rehace y se dirige a los niños:

—Mirad, para que el camino no se os haga tan largo, voy a contaros una historia.

1

Érase una vez, en la lejana ciudad de Lviv, una vieja casa que, a través de sus ventanales, veía pasar los siglos en la calle.

2

Como todas las casas con tejado, tenía un desván en el que se amontonaban recuerdos, pesados y ligeros, objetos olvidados por el tiempo, una auténtica leonera polvorienta en la que la luz del día penetraba tan solo por dos pequeñas claraboyas.

3

A veces, en las noches sin nubes, la Luna deslizaba su fría y majestuosa luz por esas claraboyas y rozaba con su mirada algunos de aquellos objetos abandonados que recibían, temblando de placer, la caricia del astro.

Era un momento de invisible felicidad.

4

¿Los objetos tienen alma? La respuesta se esconde entre sus propios recuerdos... Recuerdos que, a veces, bajo un rayo de luna, evocan entre susurros.

5

—¿Duermes? —pregunta, como en secreto, una voz grave.

Era un viejo y enorme Sombrero, como no se veían ya desde hace mucho.

Era realmente impresionante, casi blanco, de bordes muy grandes y forma inimitable.

—No... —responde una voz soñadora y cristalina.

6

Era una Mandolina hecha de madera de rosal, muy elegante, con incrustaciones de nácar. Su silueta, en forma de almendra, reposaba sobre un viejo canapé de terciopelo carmesí.

—¿En qué piensas?

—Pienso en Mi Reina...

—¡Pues yo, tengo frío!

—¡Paciencia! Hace tanto tiempo que las estaciones se suceden en este lugar...

7

El calor y el perfume de las flores ascenderán muy pronto hasta nosotros, ya lo sabes, aunque ésta sea la primera vez que me diriges la palabra.

8

—Lo sé, pero en invierno siempre me deprimó.

—Yo intento reconfortar mi corazón con mis recuerdos. Empiezo siempre por los más queridos. ¡Ah! Mi Reina...

9

—¿Tu Reina era hermosa?

—¿Hermosa? No lo sé. Fue, en su juventud, célebre por su belleza. Yo la conocí triste, ya con cierta edad. La soledad y la viudez la habían vuelto nostálgica. Recuerdo aquel día en que, desde mi vitrina en Roma, miraba la calle distraídamente. Aquella elegante mujer se detuvo ante mí y me contempló durante un buen rato. Me sonrojé, ¡me sentí arder por dentro! Ella me escogió, me tocó. Viví, aquel día, la primera gran emoción de mi vida.

10

Hasta entonces, no había conocido nada más que las rugosas manos de mi amo, aquel que me construyó. Él tensó mis primeras cuerdas, me hizo vibrar por primera vez.

11

En realidad, la vitrina de su taller no me gustaba demasiado pero, poco a poco, me había acostumbrado a ella.

—Y así, aquella elegante dama, ¿llevaba sombrero?

—¿Sombrero?...

¡Sí, sí! Un sombrero muy bonito, adornado con una soberbia pluma de avestruz que realzaba su exquisito peinado.

12

Llevaba también un paraguas. Recuerdo la primera vez que me tocó: aún siento sus manos finísimas, frías y húmedas a causa de la lluvia, que caía a raudales.

13

—¿Ves?, un sombrero es importante. Por cierto, los sombreros como yo son muy escasos, ya no se encuentran fácilmente hoy en día. ¡Yo protegía a mi dueño tanto del sol como de la lluvia y mostraba a todos cuál era su condición!

14

¡Aquellos tiempos son tan lejanos! Debía ser hacia 1262, 1263... ¡Oh, sí! Son los años en los que más viajé, lo recuerdo como si fuera ayer: los vastos paisajes, el trote del caballo, nuestro fiel compañero, que nos llevaba de ciudad en ciudad; el respeto de la gente por mi dueño. ¡Eso es algo que aún me impresiona, incluso en el recuerdo!

15

—¿Qué hacía tu dueño?

—Era recaudador de impuestos del Imperio de la Horda de Oro, —exclama el Sombrero con orgullo.

16

Aquel famoso imperio sometió regiones infinitas, desde Asia hasta Europa. ¡En mis tiempos, su jefe era el primogénito del gran Gengis Khan!

17

—Una historia impresionante, la de los imperios... Yo conozco otras, suspira la Mandolina. Yo me sentí feliz al poder acompañar a Mi Reina, aquel día de lluvia, cuando abandoné para siempre la tienda de mi padre, en Roma. Ella era dulce, soñadora, tenía dedos de hada, me mimaba. Yo ocupaba un lugar de honor en su salón, reposaba sobre una pequeña mesa cubierta de seda.

18

Jamás me encerraba en mi funda, así es como descubrí el sabor de la libertad.

19

—¡La libertad! Yo no he conocido otra cosa. ¡El viento, el galope, la inmensidad de las estepas! ¡A veces, aquel tremendo viento me volvía del revés sobre la espalda de mi dueño, yo adoraba ese momento y él también! ¡Yo sentía su felicidad, porque cabalgaba con una pasión fogosa! ¡Sus gritos de alegría, por muy salvajes que pudieran parecer hoy en día, me encantaban!

20

—Mi Reina no gritaba jamás, hablaba poco, con una voz suave y melodiosa, nada estridente. A veces yo aguzaba el oído para escuchar su voz cristalina, pero no comprendía nada de lo que decía. Hablaba una lengua misteriosa, luego otra, luego, de repente, algunas palabras de italiano que me hacían volver a poner los pies en la tierra. ¡Yo nací en Roma, soy italiana!

21

A pesar de la barrera de la lengua, podía sentir a mi querida Reina. Se llamaba Marie-Casimire de La Grange d'Arquien, francesa de nacimiento. Fue reina de Polonia.

22

Los días de lluvia, se acercaba, posando en mí su ardiente mirada, me tomaba en sus brazos y tocaba acordes dulces y agradables. Luego, con la mirada perdida más allá de los muros del salón, cantaba.

23

Con ese canto, evocaba el recuerdo de su Rey y una dulce mirada iluminaba entonces su rostro.

—¿Estaba enamorada? ¿A su edad?

—¡Pues claro que sí! Lo sentí enseguida. Poco a poco, iba metiéndome en su historia.

24

¡Aquel rey había sido un gran, gran rey! Lo supe años más tarde, tras acompañar a Mi Reina de Roma a Blois, en Francia.

—¿Y cuándo reinó, aquel rey?

—Mmm... Un poco antes de mi nacimiento. Veamos... Yo nací en 1697, y él reinó de 1674 a 1696.

—¡Caramba, qué precisa eres! ¡No como yo!

—Sí, pero es más fácil: ¡a los reyes no se les olvida, sobre todo a los que han sido muy importantes! ¡El rey de Mi Reina marcó los destinos de los hombres! ¡Ganó batallas importantes, era un gran jefe de sus ejércitos!

25

—¡Increíble! ¿Fue ella quien te contó todo esto?

—No, lo comprendí mucho más tarde. Fue su sobrino el que me desveló el secreto.

Durante todo el tiempo que viví con ella, acompañé a una dama que vivía en el pasado, siempre con una sonrisa triste en sus labios. Era una mujer de gran nobleza.

—Me lo imagino. ¡Por algo era reina!

—Como te he dicho, era francesa, pero vivió muchos años en Polonia, en la corte de Varsovia. Allí conoció a su gran amor, Jean Sobieski, el célebre jefe de los ejércitos. En aquella época, aún no era rey. Ella era la dama de compañía favorita de la reina de Polonia, también francesa.

26

—¡Ja, ja, ja! ¡Me haces reír! Yo que soy tártaro..., bueno..., turco-mongol, encuentro tu historia realmente curiosa. Viaja por todas partes: Italia, Francia, Polonia. Me pierdo un poco, viniendo de las lejanas regiones de Oriente y conociendo tan poco ese rincón del mundo.

27

La Mandolina le interrumpió bruscamente:

—¿Por qué reír? La historia es compleja, ¿sabes? He atravesado los siglos y esto es lo que he comprendido. Deberías confiar en mí.

—Te creo. Perdona...

—Te voy a contar un secreto: ¡el gran rey Sobieski nació cerca de aquí, en el castillo de Olesko!

28

—¡Vaya! ¡Nunca habría imaginado que nuestra ciudad de Lviv...

Lvov...

Lemberg...

Leopolis...

Lwów...

estuviera tan llena de historias, de castillos y de reyes! Qué suerte tengo al poder pasar mis días y mis noches tranquilamente en este desván.

—¡Sí! Es emocionante. Comparto tu sentimiento en cuanto al desván.

29

Pero, ¿por qué tantos nombres distintos para esta ciudad?

—Es una larga historia, querida Mandolina. Te la contaré otro día. Ahora, volvamos al increíble amor de Marie Casimire y Jean Sobieski. ¿Decías?

—Este amor, al principio, fue secreto. Tuvieron que inventar un código para sus cartas. ¡Es muy romántico!

—¿Quieres decir que se escribían cartas de amor que parecían las cuentas de un tendero?

—¡Exactamente! ¡Veo que me sigues!

El tiempo pasó. Se casaron y tuvieron muchos hijos.

30

El rey Sobieski ganó una gran batalla defendiendo Viena, el 12 de septiembre de 1683. Fue tan valiente que se ganó la admiración de sus adversarios, los turcos, que formaban una armada temible comandada por el Gran Visir Kara Mustafa.

31

¡Tras aquella victoria, los turcos le dieron el sobrenombre de «El León de Polonia»!

32

¡El Papa y los dignatarios extranjeros lo llamaron «El salvador de Viena y de la civilización occidental»!

33

Marie y Jean vivieron felices durante muchos años, pero, un día, la Reina se quedó sola. El gran héroe se había ido para siempre.

34

Al quedarse viuda, se trasladó a Roma, y allí me encontró. Tengo el orgullo de haber llenado algunas horas de su soledad. En la Ciudad Eterna llevaba una vida muy sencilla pero volcada en el Arte, que era lo único que la hacía feliz.

35

—Has debido tocar mucho durante tu larga vida, ¿no?

—Sí, mucho. Mi Reina no era una virtuosa, sólo sabía acariciar algunos acordes, pero eso me bastaba. Tenía una voz preciosa y, a veces, cantaba. ¡Aquellos momentos me volvían loca de alegría!

36

Un día, muchos años después, en 1715, en Blois, entró en el vasto salón un bello joven, elegante, asombroso. Se acercó a mí y percibí de inmediato su agradable perfume, que me encantó.

Mi Reina estaba presente y le animó a tocarme.

37

¡Oh, qué momento! ¡Tocaba divinamente, mis notas daban saltos de alegría!

38

De pronto, se detuvo, en medio de un *crescendo*, y me dejó sobre la mesa, como pidiendo perdón. Yo estaba confundida, todo había cambiado. Había conocido la energía, la fogosidad, el alma del virtuosismo. Ésta fue la segunda gran conmoción de mi vida. Pasé la noche en blanco. A la mañana siguiente, me colocaron con mucho cuidado en mi estuche, del que ya me había olvidado, hasta tal punto mi Reina me enseñó lo que es la libertad.

39

—¿Entonces, te fuiste?

—Sí, abandoné Blois y nunca más volví a ver a Mi Reina. Es mejor así: partir, de repente, sin tristes despedidas. Creo que ella lo que quería era evitar partirme el corazón.

40

Cómodamente instalada en mi funda, oía voces desconocidas y el ruido de los cascos de los caballos. Comprendí que de nuevo viajaba en una carroza, como en mi primera travesía, la que me llevó desde Roma hasta Blois, y me dormí, dejándome llevar por el destino.

41

Cuando el estuche se abrió, era de día. Me deslumbró la viva luz que el sol prodigaba generosamente.

42

Ante mí se hallaba el apuesto joven que me había enseñado mis primeras ensoñaciones musicales. Mi corazón se estremeció.

43

Él estaba rodeado por una gran multitud, que lo trataba con respeto. Comprendí que debía ser alguien de clase alta.

—¿Dónde habías ido a caer?

—No te lo vas a creer: ¡en Varsovia, el lugar de los primeros amores entre Mi Reina y su rey! Mi nuevo dueño era el sobrino de la reina, príncipe y oficial en la armada polaca. Se llamaba Stanislaw.

—¿Estuviste enamorada de él?

—Sí, fue y es mi gran amor. Sólo él sabía hacerme sonar desde lo más profundo de mí misma. La música sólo puede emocionar cuando alcanzamos el estado de gracia del amor infinito.

44

¡Viví muchos años de felicidad con Mi Príncipe! Era capaz de leer sus pensamientos, hasta tal punto nos conocíamos. Le gustaba tanto tocarme que siempre me llevaba de viaje. Me acostumbré a esa vida de delicias, de complicidad, de intercambios.

45

Así, al hilo de sus numerosos viajes, llegué a Lviv. Fue en 1768, si mi memoria es buena. Adoré este lugar de inmediato. ¡La ciudad está llena de vibraciones!

46

Entretanto, había aprendido el polaco por mi cuenta, y también otras lenguas humanas. Stanislaw se expresaba maravillosamente en francés, en ruso, en italiano, en alemán y, naturalmente, en polaco. ¡Era impresionante! ¿Sabes?, poseía una personalidad fuera de lo común: era cultivado, elegante, refinado.

—¡Interesante! Nunca me he cruzado con un personaje así. Yo conocí a las gentes de las estepas, las pequeñas y pobres aldeas, era otro mundo. ¿Estás segura de que hemos vivido en el mismo planeta?

—Ciertamente, si no fuera así, no nos encontraríamos juntos ahora, en este desván. Este planeta es la Tierra. Sus riquezas y sus contrastes son, a veces, sorprendentes.

47

La Mandolina suspira profundamente.

—Algunos años después de mi llegada a Lviv, viví una gran conmoción, de la que nunca me recuperé. Fue en 1772. Aquel año, los ejércitos austríacos habían tomado

posesión de la ciudad. Lviv y su provincia habían sido anexionados al Imperio de Habsburgo. Para mí, fue un tiempo de silencio.

—¡Vamos! ¡Sigues aquí! ¿Qué sucedió que fuera tan triste?

—Mi Príncipe fue ejecutado, lo fusilaron. ¡Ah! ¡Qué terrible momento, cuando lo supe! Sentí un gran temblor en mi caja de resonancia. Sola, en plena noche, por primera vez en mi vida grité de dolor, durante largo tiempo.

48

Luego me dormí, hundiéndome en la soledad y el olvido.

49

Una tercera voz, tímida, se alza entonces bajo los rayos de la Luna.

—El olvido... Es algo que también he vivido. Tras las heridas profundas, es como si uno se abandonase a la Nada.

La Mandolina indaga con interés el oscuro rincón desde el que resuena la fina y melodiosa voz. Adivina las formas elegantes de un instrumento tendido sobre un pañuelo de seda desgarrado y entrevé las venas púrpura de la madera, que resplandece a pesar de la espesa capa de polvo acumulado durante muchos años.

50

—¡Buenas noches! ¡Hum, hum! No he hablado hasta ahora porque soy muy tímido. Pero vivo a vuestro lado desde hace mucho tiempo. Soy un violín klezmer.

51

—¿Klezmer?— pregunta el Sombrero con su rústica voz.

—Sí. La música klezmer llenaba la vida de mi último dueño. Pero, de hecho, yo nací en Bohemia. ¿Conocéis Bohemia?

Un profundo silencio es la respuesta a esta difícil cuestión geográfica.

—Mmm... No... No demasiado— murmuran sus compañeros de desván.

52

El Violín inspira profundamente.

53

—Bohemia es un lugar magnífico. Allí el sol y las verdes praderas dialogan todos los días, hay muchas mariposas e innumerables flores. Para mí, ¡era el Paraíso!

54

Yo nací en 1780, poco después de la desaparición de tu bello príncipe polaco. Mi dueño, mi padre, el luthier que me fabricó, me adoraba. Me tocaba todas las semanas. No lo hacía demasiado bien, pero yo podía sentir su amor por mí, por la música y las bellas melodías populares que tocaba sin cesar. Mis primeros años en Bohemia, tan felices y despreocupados, llegaron a su fin cuando me compró un violinista austríaco que me llevó a Viena.

Herr Professor Hans Ebner tocaba en el atril de los primeros violines de la Orquesta de Viena y enseñaba en la Academia de Música. Era muy respetado. ¡Viena, qué ciudad! ¡Qué mundo! ¡Qué público!

—¿Cómo era el público? —preguntaron al unísono el Sombrero y la Mandolina.

—El público de los conciertos de Viena era atento y muy asiduo. Yo había tenido la suerte de aterrizar en ese gran mundo. Maravillosos músicos tocaban sus instrumentos con una precisión y una dulzura conmovedoras. Yo vibraba junto a los violines italianos. ¡Qué instantes únicos, qué felicidad! Y además, me encantaba recibir los aplausos. ¡Era sublime! Toqué durante varios decenios en Viena, en las orquestas. A medida que pasaban los años, yo iba adquiriendo más y más soltura. El mundo cambiaba; yo era cada vez más bello.

55

Hasta que, un día, todo cambió.

—¡Oh! ¿Un drama?

—No lo sé. Mi vida tomó otros derroteros. ¡Fui robado!

—¡Oh, es terrible! ¿Cómo se puede vivir algo semejante? —exclama el Sombrero.

—Tranquilo —dice el Violín—. Es mejor que vivir abandonado en este desván.

—Quizás tengas razón —dice la Mandolina tristemente—. Después de todo, ser robado, es también ser deseado.

56

—¡Exactamente! Como yo tenía una sonoridad de oro, atraía la envidia, la codicia. Un día, envuelto tan sólo en mi abrigo de seda, me desperté casi ahogado por un abrazo inhabitual. Mi nuevo dueño corría, era él quien me había robado. Con el tiempo, lo perdoné. Era un artista, me adoraba. ¡Aunque verdaderamente, lo que hizo

es inaceptable! Era pobre, viajaba continuamente y, al tocar, me cargaba con sus tristezas y con sus alegrías.

57

—¿Te gustaba aquella vida nómada? —pregunta la Mandolina.

—¡La adoraba! No se parecía en nada a la vida lujosa que había llevado hasta entonces. Pero ¡qué bella fue aquella vida errante, de ferias, de caminos embarrados por las lluvias, de dormir al raso!

58

Pavel —era el nombre de mi nuevo propietario— no me cuidaba demasiado. Mi estuche era rústico, ya no tenía una bonita casa ni un abrigo de seda, ¡pero él me amaba!

59

—Eso es lo más importante —susurra la Mandolina suspirando.

—Sí, yo también lo creo. ¡Me amaba tanto que, a veces, hasta me besaba! Era un momento fabuloso; tras haberme hecho gritar todas aquellas canciones, juguetonas y endiabladas, me miraba y me besaba, dándome las gracias, sin necesidad de palabras.

60

Pero un glacial día de invierno, cuando era ya demasiado viejo para poder tocar, me vendió. Necesitaba madera para calentarse. Cuando me di cuenta de que ya no me tocaría más, viéndolo sufrir tanto por el frío, tuve miedo de acabar mis días en un enorme fuego, en el que, de mi noble madera de Bohemia... ¡Saltarían chispas!!!

—Probablemente, escapaste por muy poco a ese fatal destino. Pero, ¡qué vulgaridad, ser vendido! Yo conocí esa ofensa una sola vez en mi vida, en Roma. Pero como Mi Reina me cuidó bien, pude olvidar aquella humillación.

—Yo, querida Mandolina, no he tenido que sufrir por ser vendido una segunda vez, ¡aunque siempre es más agradable que ser robado!

61

Mi nuevo dueño era un hombre encantador. Me procuró enseguida el confort de un estuche lujoso y me limpió, ya que todos los años de viaje me habían cubierto de una repugnante capa de mugre. No era músico profesional, pero tocaba con mucho talento y delicadeza. ¡Me gustaba vibrar entre sus manos!

—Te comprendo. Cuando encontramos el compañero ideal, ¡qué felices nos sentimos, los instrumentos musicales!

—Mi dueño se llamaba David y llegué con él a Lviv en 1930 —continuó el Violín—. Me trataba tan bien que enseguida me sentí uno más de la familia. Con él descubrí la música klezmer.

62

Pavel, mi anterior dueño, me había enseñado tantas canciones... A veces, su ímpetu me asfixiaba y su tristeza me ahogaba. Tocaba música *tzigane* y adoraba hacerme imitar el canto de los pájaros, especialmente el de la alondra.

63

—Comprendo. Sin embargo, las músicas klezmer o *tzigane* me son desconocidas, no están en mi repertorio —dice la Mandolina.

—¡Ah, qué vasta es la Música! ¡Qué suerte he tenido, a lo largo de mi pasado, al poder tocar minuetos y gavotas en Viena, cantos de la tierra en Bohemia, ensoñaciones tziganes por todas partes, y rapsodias klezmer!

64

Hasta que, un día, comprendí que viviría mucho más que mis dueños. Y esto me entristeció profundamente.

65

—Es verdad, dice la Mandolina, eso es lo más triste de nuestras vidas de instrumentos musicales: ver cómo nuestros dueños nos abandonan, perderles la pista, saber que ya no están ahí desde hace mucho. A la muerte de mi querido Príncipe, me sumergí en el silencio y el olvido. Con el tiempo, no sé cuándo ni cómo, aterricé en este desván, casi dormida, muerta de tristeza. ¿Cuánto tiempo he permanecido en este estado de coma musical? ¿Cien años, más?

66

El Violín sonrío en la oscuridad y le responde en voz baja.

—¡Dos siglos y medio!

—¡Ah! ¡Tantos años! He perdido la noción del tiempo. En mi mutismo, he estado apartada del mundo. ¿Qué ha pasado desde entonces?

El Sombrero, que creían dormido, responde:

—Muchas cosas. ¡Guerras, amores, revoluciones! Esta noche me has preguntado por qué esta ciudad ha tenido tantos nombres diferentes. Pues bien, has de saber que durante tu sueño, Lviv ha cambiado siete veces de nacionalidad: polaca, austríaca, ucraniana occidental, polaca de nuevo, alemana, soviética y, finalmente, ucraniana.

Ahora puedes comprender por qué ha llevado tantos nombres. Por mi parte, soy demasiado viejo para dejarme impresionar por estos acontecimientos, que han debido trastornar las vidas de mucha gente.

67

El violín le interrumpe, con su voz elegante:

—La conmoción es a veces esencial en una existencia. Querida Mandolina, tú has dormido durante doscientos cincuenta años. Durante todo ese tiempo, esta ciudad ha conocido la prosperidad, muchos edificios hermosos han visto la luz del día. La Ópera, por ejemplo, es un lugar muy hermoso. Mi dueño, un día, me llevó allí.

68

David era bueno, era vendedor de juguetes. Sonreía a menudo y su tienda estaba en los bajos de esta casa. Yo le hacía compañía por la noche, cuando me tocaba para relajarse tras una jornada de intenso trabajo. No sé cómo, las cosas se torcieron... La guerra llegó y todo se volvió triste, sombrío, amenazador. Las músicas no hallaban ya su lugar en el corazón de las personas, que temían por sus vidas. Una noche, David y su familia abandonaron la casa precipitadamente. No los volví a ver jamás. Mis bellos cantos klezmer enmudecieron.

69

Luego me dormí, como tú, hasta tal punto los hombres me daban miedo. La música puede hacernos felices, pero cuando calla es un mal presagio: ¡es el fin de un mundo! Afortunadamente, como la primavera, la música siempre vuelve, para sanar los corazones heridos y embellecer la vida. Después de mi pesado y triste sueño, os doy las gracias por haberme despertado y escuchado esta noche. Estoy contento de haber conversado con vosotros. ¡Buenas noches!

70

—Buenas noches —responde el Sombrero—. Debo dormir, porque soy el decano y el guardián de este desván. Quizá mañana el destino o el azar traigan otros personajes tan intensos como vosotros y tendré que acogerlos con respeto.

71

—Yo no tengo sueño —dice la Mandolina mirando a su alrededor—. Bello Violín de Bohemia, tu historia me ha conmovido y pienso en esos dos siglos y medio, que han transcurrido como en un sueño. ¡Ha sido solamente una noche algo más larga de lo habitual! Ahora despierto, y quiero volver a la vida. Sueño con salir de este desván y volver a ver el mundo, este mundo que tanto ha cambiado. Esta ciudad, cargada de prestigio y de tristezas, es bella. Quiero ver su rostro de hoy.

72

Quiero cantar y llamar al amor. Sólo soy feliz en brazos de la persona que sabe hacerme vibrar.

73

¡Quiero renacer!

Apenas la Mandolina acababa de pronunciar estas palabras, la puerta del desván se abrió. Ya era de día, y una luz fresca y tímida penetraba en la estancia.

74

Una mujer joven entra, con paso ligero, y su mirada bondadosa abraza los silenciosos objetos que la rodean con benevolencia. Sus manos se dirigen hacia la Mandolina. Intenta afinar las cuerdas, aflojadas desde hace tanto tiempo, para tocarlas luego con sus dedos delicados. El instrumento se estremece.

75

Ella se sienta sobre un viejo sillón y canturrea, soñadora, una melodía que atraviesa el tiempo, acompañándose con el bello instrumento italiano.

—¡Espera a su príncipe! —se dice la Mandolina—. ¡Lo esperaré junto a ella, sea polaco, francés, ruso, austríaco, alemán o ucraniano! Pasará por aquí, porque ella lo espera y su destino lo sabe ¡porque este lugar tan lleno de historia espera el amor!

76

La joven sale del desván, llevando con ternura la Mandolina en sus brazos. La Mandolina se vuelve hacia el Violín y susurra, antes de partir:

—Tu voz de oro volverá a sonar pronto y saldrás del olvido, como yo, gracias a la Música. ¿Sabes? ¡La Música es el Amor mismo!

—¡Adiós!